

# RETÓRICA FRENTE A CRISTIANISMO EN LA AUTOBIOGRAFÍA DE LIBANIO

ANTONIO LÓPEZ EIRE  
Universidad de Salamanca

## SUMMARY

*In this paper the author tries to show how and why, according to Libanius in his Autobiography, rhetorical education, the paideia, became a distinctive feature of Hellenism in opposition to Christian religion*

Todo el mundo sabe<sup>1</sup> que el Nuevo Testamento está escrito en *koiné* mientras que, por ejemplo, los Discursos Sagrados de Elio Aristides están compuestos en una modalidad de griego que aspira a reproducir lo mejor de la más castiza prosa ática en sus más brillantes momentos (aticismo). La *koiné* es el resultado de la evolución natural del ático de finales del siglo V y comienzos del IV a.J.C., mientras que el aticismo genera un ático elitista que fue empleado por quienes, al encontrar demasiado vulgar el griego helenístico (*koiné*) que hablaban, pretendían no sólo imitar sino copiar la espléndida lengua de los inigualables modelos de la prosa ática.

<sup>1</sup> Queremos dejar constancia de nuestro agradecimiento a la CICYT y a la DAAD.

El aticismo es una resurrección lingüística y literaria paralela a una renovación de la vida económica y de la iniciativa política de las clases altas en las ciudades griegas que tuvo lugar en tiempos de los Antoninos, entre Hadriano y Septimio Severo<sup>2</sup>.

Las aristocracias de las ciudades griegas que forman parte del Imperio romano alivian la desazón provocada por su sometimiento a Roma aferrándose con todas sus fuerzas a su estilo de vida, a sus tradiciones y, sobre todo, a su más importante seña de identidad: la educación (*paideta*), o sea: la retórica. Sólo así se entiende el movimiento denominado Segunda Sofística.

En efecto, los deuterosophistas, que emplean el ático aticista, gozaron de enorme popularidad entre las clases altas, cultas y por tanto helenizadas; las ciudades los convirtieron en sus valedores; los emperadores los escucharon con respeto y complacencia, y siglos más tarde los escritores bizantinos cultos los tuvieron por modelos y reprodujeron su estilo y su lengua. Se convirtieron así de imitadores de los clásicos en clásicos ellos mismos, como si entre el siglo IV a. J.C. y el II d.d.C. no hubiera ocurrido nada.

Y, sin embargo, sí que ocurrieron cosas, y muchas. Pero, sobre todo, tuvieron lugar dos hechos capitales, a saber: el helenismo y el sometimiento a Roma. El helenismo hizo que ser griego significara, precisamente, no haber nacido en Grecia, sino participar de la cultura (*paideta*) griega. Y el sometimiento a Roma del mundo mediterráneo helenizado trajo consigo entre otras cosas que un "griego" de Bitinia llamado Dión Casio escribiera en griego una *Historia de Roma* en torno al 229 d.d.C. y que en ella presentara al emperador como la garantía de la paz del mundo y de la seguridad y el respeto debidos a la clase senatorial, a la que él mismo pertenecía.

Aristocracia, helenismo e Imperio son tres realidades que se conjugan en el período histórico que se conoce con el nombre de Antigüedad tardía, una época en la que los aristócratas de Occidente conocen además del latín el griego, y en la que las oligarquías de las ciudades griegas (entiéndase: helenísticas o helenizadas) llevan la voz cantante en Oriente.

<sup>2</sup> P. Brown, *The World of Late Antiquity from Marcus Aurelius to Muhammad*, Londres 1971, 17.

Pues bien, a partir del siglo III d.d.C.<sup>3</sup> dos procesos de singular importancia vienen a agudizar las diferencias sociales entre aristócratas y plebeyos y entre ricos y pobres: a partir del 260 la aristocracia senatorial se ve obligada a admitir entre sus filas a una aristocracia de nuevo cuño, la aristocracia militar, o sea, los altos cargos del ejército, que ocupan puestos de los que son excluidos los miembros de la élite senatorial. Estos nuevos aristócratas curtidos en el ejercicio de las armas se hicieron con el control efectivo del imperio al convertirse en la nueva clase dirigente. Y con el mismo fervor con que los helenizados se sintieron y denominaron helenos, los nuevos aristócratas del imperio romano se desvivieron por mostrarse "amantes de las Musas", gentes empapadas de la educación o *paideta* redentora, entendida como factor de aristocratización.

En efecto, no sólo se rodearon de estudiosos y expertos en retórica destinados a ocupar puestos de responsabilidad en la enorme maquinaria burocrática del imperio, sino que además ellos mismos cifraban su distinción y superioridad en la adaptación de sus conductas y modos de vida a las de los personajes señeros y los héroes de los textos literarios en los que se educaban.

En muchas de las cartas que dirige el rétor Libanio de Antioquía<sup>4</sup> a esos prohombres de la nueva aristocracia, descubrimos no sólo recomendaciones a favor de antiguos discípulos que el maestro quiere ver bien y definitivamente colocados, sino también una aduladora conversación a

<sup>3</sup> Cf. M. Rostovtzeff, *Social and Economic History of the Roman Empire*, 2 vols., 2ª ed., Oxford 1957. R.Rémondon, *La crise de l'empire romain*, París 1964. F.Millar *e.a.*, *The Roman Empire and its Neighbours*, Londres 1967.

<sup>4</sup> Sobre Libanio y su época, cf. E.Monnier, *Histoire de Libanius. Première partie, examen de ses Mémoires depuis l'époque de sa naissance jusqu'à l'année 355 apr. J.C.*, París 1866. G.Sievers, *Das Leben des Libanius*, Berlín 1868. O.Seeck, *Die Briefe des Libanius zeitlich geordnet*, Leipzig 1906. R.Foerster-K.Münscher, *Libanius*, RE XII, 2(1925), col. 2485-2551. A.H.M.Jones-J.R.Martindale-J.Morris, *The Prosopography of the Later Roman Empire*, vol.I (A.D. 260-395), Cambridge 1971. Sobre Libanio en relación con Antioquía y su profesión de rétor, cf. P.Petit, *Libanius et la vie municipale à Antioche au IV<sup>e</sup> siècle après J.-C.*, París 1955. *Les étudiants de Libanius*, París 1956. G.Downey, *A History of Antioch in Syria from Seleucus to the Arab Conquest*, Princeton 1961. A.J.Festugière, *Antioche païenne et chrétienne. Libanius, Chrysostome et les moines de Syrie*, París 1959. J.H.W.G.Liebeschuetz, *Antioch, City and Imperial Administration in the Later Roman Empire*, Oxford 1972. Para la cita de las obras de Libanio seguimos la edición de R.Foerster, *Libanii Opera*, Teubner, Leipzig 1903-1927; reedic.anastát., Olms, Hildesheim 1963. Para la *Autobiografía* de Libanio contamos con cuatro importantes traducciones: la

base de versos homéricos, que da a entender que tanto el remitente como el destinatario de las epístolas se diferencian del común de los mortales por una educación (*paideia*) basada en el estudio de los insuperables modelos literarios del pasado.

Y por otro lado, las clases dirigentes se separan aún mucho más de los plebeyos en cuanto a recursos económicos.

Así pues, en el siglo IV d.d.C. los aristócratas gobiernan sus provincias y son a la vez notables terratenientes en ellas y gentes educadas porque han recibido con fervor el legado de la cultura clásica cuya asimilación consideran el más alto ideal.

Frente a estos aristócratas ilustrados (los de rancio abolengo y los de nuevo cuño) se iba formando en el seno del mismo Imperio romano una capa social de "impíos" (los cristianos) que, según el ya mencionado Elio Aristides, daban muestra de su impiedad al no respetar a quienes eran mejores que ellos. Y mejores que ellos eran, sin duda, los paganos educados que creían que el mundo era regido por una divinidad inasible e irrepresentable de la que los dioses tradicionales eran algo así como sus intermediarios y administradores.

Los paganos ilustrados y aristócratas que escribían ático aticista tenían ante sí una norma de conducta que redescubrían continuamente en la lectura y relectura de los clásicos. Pero las masas no educadas que carecían de tales modelos y no hablaban ni escribían ni entendían más que la *koiné*, y que se sentían desarraigados en el variopinto, vasto y someramente cohesionado mundo que era el Imperio romano de la Antigüedad tardía, se veían impelidos a abrazar una doctrina filosófica o religiosa que les enseñara a vivir en esta vida. Las prédicas de Epicteto fueron transcritas por el aticista Arriano en *koiné*, modalidad de lengua que es también la del Nuevo Testamento.

La filosofía y la religión servían para calmar la ansiedad<sup>5</sup> de hombres que se sentían solos en el mundo que difícilmente comprendían. Y lo

de L.Petit que figura como apéndice de su libro *Essai sur la vie et la correspondance du sophiste Libanius*, Durand, París 1866; A.F.Norman, *Libanius' Autobiography (oration I)*, Oxford 1965; P.Wolf, *Libanios, Autobiographische Schriften*, Artemis Verlag, Stuttgart 1967; J.Martin-P.Petit, *Libanios. Discours, Tome I, Autobiographie (Discours I)*, Les Belles Lettres, París 1979.

<sup>5</sup> Cf. E.R.Dodds, *Pagan and Christian in an Age of Anxiety*, Cambridge 1965.

hacían cada una a su manera: A mediados del siglo III d.d.C., en una villa de Campania, patrocinado por senadores romanos, Plotino realiza el supremo esfuerzo de rechazar el "verdadero conocimiento", la *gnôsis*, y la revelación, por considerarlas como métodos irracionales e indignos del filosofar, para reemplazarlos por la disciplinada, racional y filosóficamente aceptable dialéctica platónica. Plotino con esta actitud viene a convertir su doctrina en el canto del cisne de la filosofía griega.

Frente a la indagación racional, a la manera griega, los gnósticos y los cristianos en un principio rompían toda relación entre la divinidad y la belleza del mundo visible, entre el cuerpo y el alma, entre Dios y el universo. El cuerpo para el cristianismo, al igual que el mundo, eran perecederos, imperfectos y pecaminosos frente a la suprema perfección de su Dios único, eterno y creador. Sólo más tarde, a partir del siglo IV d.d.C. precisamente, el cristianismo (por mediación de Mario Victorino, Ambrosio, Agustín y posteriormente Boecio) se deja penetrar por el neoplatonismo. En efecto, Plotino y su doctrina neoplatónica revitalizaron con nueva savia el cristianismo a través de San Agustín en Occidente y del desconocido autor del opúsculo titulado las *Jerarquías celestes* en Oriente, compuesto hacia el 500 de nuestra era.

Pero si es cierto que en la filosofía de Plotino hay que ver un loable empeño por hacer prevalecer la racionalidad de la cultura griega sobre la irracionalidad de las religiones foráneas, no lo es menos que la *paidéia* griega ofrece a partir del siglo IV a.J.C. dos diferentes especialidades en las que ocupar el espíritu: la filosofía y la retórica. Y es conveniente no olvidar que esta última es ya desde Isócrates en adelante algo más que un arte que se enseña y que se aprende. Es un modo de vida que implica una manera de ser fundamentalmente helénica y laica, y por helénica, inteligente, racional y ética. Desde Isócrates a Libanio pasando por Elio Aristides, el rétor formado en la retórica es honrado, bueno, filántropo, valedor y consejero de la sociedad en la que vive integrado, impulsor de las virtudes racionales y un ejemplo para sus discípulos y sus conciudadanos. Por eso la retórica no la puede enseñar cualquiera, no la puede ni la debe enseñar -a juicio del emperador Juliano- un cristiano.

También precisamente por eso, por la enorme importancia educativa de la retórica griega como transmisora de una herencia típicamente helénica que es capaz de ahuyentar los demonios de la irracionalidad, la

impiedad y la impureza, a pesar de la lamentable situación de los maestros de esta disciplina<sup>6</sup>, a pesar de su pobreza<sup>7</sup>, pese a que cada vez son más los jóvenes que prefieren el más rentable conocimiento de la estenografía, las leyes, la lengua y la retórica latinas, el rétor de Antioquía decide "no abandonar su puesto"<sup>8</sup> como profesor de retórica griega ni dar la espalda a un arte que es algo más que la mera elocuencia. Abandonar la retórica -dice Libanio-<sup>9</sup> hubiera sido como "abandonar a una madre sola y en la desgracia".

El rétor antioqueno, que, por su apasionado amor a la retórica, rechazó la idea de matrimonio<sup>10</sup> a cambio de realizar estudios en la Meca de los aticistas, en Atenas, al igual que Odiseo había rechazado su boda con la seductora diosa Calipso a cambio de poder contemplar el humo saltarín saliendo de las casas de su tierra<sup>11</sup>, y que, según nos cuenta sin embozo alguno, desechó en Nicomedia, a los treinta años de edad, una oferta de matrimonio muy conveniente ("una hija única educada por su padre en medio de grandes riquezas")<sup>12</sup> porque -decía- ya estaba casado con su arte<sup>13</sup>, era absolutamente consciente del valor formativo de la disciplina que enseñaba. No en vano -según nos cuenta en esas confesiones comparables a las de San Agustín que constituyen su *Autobiografía*-<sup>14</sup> influyó decisivamente sobre el emperador Juliano para que éste tomara medidas favorables a la enseñanza de las letras griegas (retórica),<sup>15</sup> entre las que se cuentan dos fundamentales: la prohibición a los maestros cristianos de ejercer su profesión, a la que ya hemos hecho alusión, y la de reclutar a los funcionarios entre los antiguos estudiantes de retórica, medida esta última que se encargó de llevar a la práctica el prefecto de Oriente Salutio Secundo.<sup>16</sup>

<sup>6</sup> Lib.*Or.* 62, 32-34F.

<sup>7</sup> Lib.*Or.* 31, 14F.

<sup>8</sup> Lib.*Or.* 1, 214F.

<sup>9</sup> Lib.*Or.* 1, 214F.

<sup>10</sup> Lib.*Or.* 1, 12F.

<sup>11</sup> Hom.*Od.* 1, 57ss.; 5, 215ss.; 7, 258.

<sup>12</sup> Lib.*Or.* 1, 54F.

<sup>13</sup> Lib.*Or.* 1, 54F.

<sup>14</sup> El título de esta obra (*Or.* 1F) que transmiten los manuscritos es: "Vida del sofista Libanio o Sobre su propia fortuna".

<sup>15</sup> Lib.*Or.* 1, 125F.

<sup>16</sup> Cf. Lib.*Or.* 18, 158F y *Ep.* 1224F.

Remando contra corriente, Libanio se mantiene pagano aunque era consciente de que corría con ello serios riesgos. En su *Autobiografía* reconoce haber recurrido a la mántica, a la astrología y al arte de los augures para curar los dolores de cabeza y las crisis nerviosas que agobiaban su precaria salud,<sup>17</sup> todo ello en una época en que los emperadores y sus cortes compuestas fundamentalmente por cristianos perseguían tales prácticas paganas con particular saña.<sup>18</sup>

Pero asimismo se nos revela como auténtico heleno poniendo su elocuencia, que para él es una religión, al servicio de su ciudad y de sus conciudadanos, empleándola en defensa de la justicia y como ejercitación de esa virtud tan griega que es la filantropía.

El espíritu humanitario del rétor Libanio se deja traslucir, en efecto, en sus discursos a Teodosio, en los que aparece como valedor de los agraviados y favorecedor de los oprimidos. Pero también en ellos podemos percibir claramente el paganismo visceral y el espíritu aristocrático de su autor. Pues el Antioqueno en estos discursos no sólo aboga humanitariamente por los presos hacinados en las cárceles<sup>19</sup> en condiciones inhumanas y muchas veces injustamente y sin constancia clara de su culpabilidad, sino que además, como aristócrata, defiende las curias y ataca los patronazgos<sup>20</sup> y, como pagano convencido, defiende los templos.

Asimismo, en su *Autobiografía* nos refiere cómo defendió a la *Bulé* de Antioquía ante Juliano en una ocasión en que la tierra se había quedado estéril por falta de lluvias y el emperador se empeñaba en que el ágora rebosara de productos agrícolas que no rebasasen los precios que él les había fijado.<sup>21</sup> Observemos cómo, de nuevo, en esta crisis de abastecimiento el orador aristocrático sale en defensa de su ciudad frente al emperador, pero justificando la política de la curia: la retórica puesta al servicio de la

<sup>17</sup> Cf. *Lib. Or.* 1, 173; 244; 268; 281; 177-178F.

<sup>18</sup> Cf. *Lib. Or.* 1, 173 "Y doy gracias a la adivinación porque, diciéndome aquello de lo que yo debía usar y aquello de lo que no, me puso la cabeza en más aliviada situación, aunque bien podría haberme sido cortada".

<sup>19</sup> Cf. *Lib. Or.* 45F y R.A.Pack, *Studies in Libanius and Antiochene Society under Theodosius*, Ann Arbor (Michigan) 1935.

<sup>20</sup> Cf. L.Harmand, *Libanius. Discours sur les patronages*, París 1955.

<sup>21</sup> *Lib. Or.* 1, 126F. *Ep.* 777; 785; 802; 813; 1351; 1379; 1406F.

*pólis*, pero concebida ésta jerárquicamente como un cuerpo de ciudadanos regido -como en los mejores tiempos- por un Consejo aristocrático.

Quienquiera haya leído las *Epístolas* de Libanio sabe muy bien hasta qué punto nuestro rétor identifica retórica con justicia y filantropía. Y esto le ayudará a entender sus protestas frente al abuso de las prestaciones de servicio de transporte (esas requisaciones famosas, las *angarias*) que se imponían a los pobres campesinos que acudían a Antioquía a vender sus productos. La retórica del Antioqueno está en este discurso (*Sobre las prestaciones de transporte*)<sup>22</sup> al servicio de la causa de los más débiles y sirve a los nobles ideales de la justicia y el derecho.

Asimismo en sus *Cartas* el Antioqueno aboga una y otra vez por la equidad y lucha denodadamente contra la corrupción tan frecuente en las esferas administrativas de su época. Pues bien, recordemos que también en dos de sus discursos<sup>23</sup> Libanio acepta como mal necesario la presencia en las provincias de los gobernadores, que son representantes del emperador, pero censura la funesta costumbre de las visitas privadas que reciben, de las que derivan favores incompatibles con la rectitud moral y el rigor de la justicia.

En la *Autobiografía* Libanio se nos presenta en numerosos pasajes como el *salvador* de su ciudad natal, convenciendo al emperador Juliano de la inocencia de la *Bulé* en el ya mencionado caso de la hambruna que asoló Antioquía,<sup>24</sup> y cuando abogó por la incorporación de panaderos<sup>25</sup> que a causa de la sequía no podían evitar que el precio del pan subiera a pesar de las flagelaciones con que les castigaba Filagrio<sup>26</sup>, y cuando consiguió que estos mismos infelices panaderos, que habían huido al campo, regresaran a la ciudad a mitigar el hambre de sus habitantes<sup>27</sup>, y, en general, en todas las frecuentes ocasiones en que contrapuso su talento de orador al despotismo, la violencia y la iniquidad de los gobernadores<sup>28</sup>. En estos casos

<sup>22</sup> Lib. *Or.* 50F. Cf. E. Monnier, *Discours choisis de Libanius* (no publicados) 256-289.

<sup>23</sup> Lib. *Or.* 51 y 52F.

<sup>24</sup> Lib. *Or.* 1, 126F.

<sup>25</sup> Lib. *Or.* 1, 205-211F.

<sup>26</sup> Cf. A. H. M. Jones - J. R. Martindale - J. Morris *o.c.* 693, y Lib. *Or.* 29, 6F; 34, 4F.

<sup>27</sup> Lib. *Or.* 1, 226-228F.

<sup>28</sup> Cf., por ejemplo, Lib. *Or.* 1, 223-224F (contra Proclo) y 269F (contra Luciano). Sobre Proclo, cf. Lib. *Or.* 42, 41-42F. Sobre Luciano, cf. Lib. *Or.* 56F y O. Seeck, "Libanius gegen Lucianus", *RhM* 73, 1920, 91-100.

Libanio hizo uso de la auténtica retórica, la que antaño empleaba y enseñaba Isócrates y la que precisamente ahora utiliza y explica en sus clases el Antioqueno. Se trata de una retórica que se enseña y que se ejercita en discursos orales y escritos, una retórica que invade toda la literatura y la interpreta y se aprovecha de ella, una retórica que separa al aristócrata culto del ignorante plebeyo, pero al mismo tiempo una retórica tan íntimamente ética que quien se haya empapado de ella aborrecerá para siempre la maldad y la injusticia, una retórica a la que Elio Aristides había restituido su prestigio y honorabilidad después de haber sido desacreditada por Platón.

Esta benéfica retórica impulsa al orador que la domina a hacer uso de ella para salvar la ciudad. Y así lo dice literalmente Libanio cuando en su *Autobiografía* juzga su intervención mediadora en el conflicto de los panaderos huidos al campo: Se consideró -dice Libanio- que la ciudad *había sido salvada* (*sic, sesôsthai*) por él.<sup>29</sup>

Y cuando en tiempos de Filagrino (dos años antes del episodio recién aludido, o sea, en el 382), los impíos (es decir: los cristianos) responsabilizaban calumniosamente, según Libanio, a este excelente alto funcionario pagano de la atroz hambruna que atormentaba Antioquía, intervino decisivamente nuestro rétor con un largo discurso que pronunció ante la rueda de tortura a la que estaban atados inocentes panaderos que recibían injustos latigazos por obra de soldados de la escolta del gobernador en medio de un coro de gentes ávidas de sangre. Y tanto éxito obtuvo su brillante discurso, que los circunstantes, que a punto estaban de apedrear a quien intercediera por los injustamente torturados panaderos, dejaron caer a tierra las piedras que empuñaban, deponiendo así su cólera. Y, además, a partir de esa afortunada intervención como orador bienintencionado, mediador y humanitario, se le daba el nombre de *bienhechor* (*sic, euergétēs*) de los panaderos que habían escapado a la tortura, y del gobernador, porque gracias a su oportuno discurso aquél no fue arrastrado por los pies, y de los habitantes de la ciudad, porque gracias a su elocuente intercesión les había librado del hambre, y de la ciudad, porque por su discurso benefactor se libró de ser incendiada.<sup>30</sup>

Para un cristiano Cristo era el maestro *salvador* de la humanidad que enseñaba a los hombres la verdadera *paideía salvadora*, tal como aparece representado en numerosos sarcófagos y frescos a partir de finales del

<sup>29</sup> Lib.Or. 1, 227F.

<sup>30</sup> Lib.Or. 1, 205-211F.

s.III.<sup>31</sup> En estas representaciones iconográficas aparece Cristo (el intermediario entre Dios y el universo en el cristianismo embebido de neoplatonismo) vestido con el ropaje de maestro de retórica, sentado en la *cátedra* y enseñando a sus discípulos su salvífica *paidéia* como si se encontrase ante un *didaskaleïon* o coro de discípulos como los muchos a los que adiestró Libanio en el arte de la elocuencia. Pero la doctrina que explicaba el divino maestro no era la retórica (un bien pagano y laico que se basaba en la racionalidad del *lógos* "palabra"/"discurso" e implicaba una ética filantrópica), -según los Apologistas Lactancio y Eusebio de Cesarea- lo mejor y más significativo de la filosofía y de la ética del mundo grecorromano.

En estos dos puntos (salvación y *paidéia*) precisamente radica la total oposición del paganismo al cristianismo. También el cristianismo helenizado, henchido de neoplatonismo, ofrece una visión del mundo y un discurso salvador como los de la filosofía de Plotino. La diferencia está en el método: el filósofo neoplatónico no va, en su búsqueda de soluciones, más allá de lo que permite el filosofar racional al helénico modo. En cambio, el cristianismo, mediante la revelación, ilustra por igual tanto al docto como al analfabeto y al inteligente como al lerdo, y da una respuesta a todo, incluso a lo que no tiene respuesta racional.

Y existe un segundo punto de discrepancia entre el cristianismo y la *paidéia* pagana. Los Apologistas del cristianismo miran más bien a la filosofía, a la que intentan redescubrir dentro del mensaje de su revelación, mientras que la *paidéia* pagana es más bien la retórica, aunque eso sí: la ya mencionada retórica ética.

Pero lo que a nosotros nos interesa ahora subrayar es que en el s.IV d.d.C. tanto el cristianismo como la *paidéia* pagana entendida como retórica fundamentalmente coinciden en el hecho de que una y otra pretenden *salvar* a los hombres.

Quienquiera haya leído las obras de Libanio, es decir, sus discursos y sus cartas, sabe muy bien con cuánta frecuencia emplea el sofista el verbo *salvar* o los sustantivos *salvador*, *salvación* o el adjetivo *salvífico*,<sup>32</sup> dando así testimonio de la acuciante necesidad de salvación de su época, a la que

<sup>31</sup> Cf. P. Brown, *o.c.* 84.

<sup>32</sup> *sōizo, sōteria, sōtér.*

los cristianos responden ofreciendo a los hombres su doctrina revelada y los paganos con la oferta de la retórica clásica.

En su *Autobiografía* el rétor antioqueno llama *impíos*<sup>33</sup> e *impuros*<sup>34</sup> a los cristianos, cuyo Cristo "había hecho frente a los dioses"<sup>35</sup> como el hoplita que se enfrenta a su adversario, pero en este caso oponiéndose nada menos que a las divinidades, por lo cual los cristianos son impíos. Y además son impuros porque tienen la desvergüenza y la osadía de detentar la divina herencia (el *klêros*, de ahí la voz *clérigo*),<sup>36</sup> el patrimonio de su padre celestial, ya que se consideran hijos de Dios y herederos del cielo.<sup>37</sup>

En la batalla por la supervivencia de lo helénico conservado en lo helenístico contra la barbarie, en el s.III la aristocrática cultura helénica había acabado, al menos en los círculos intelectuales, con esa supersticiosa mixtificación de la doctrina de Platón que era el gnosticismo, y, ahora, en tiempos de Libanio, en pleno siglo IV, cuando el imperio romano oriental es ya cristiano, el paganismo aristocrático y culto (decir "heleno" a secas equivalía a decir "pagano")<sup>38</sup> se opone a la bárbara teosofía del cristianismo<sup>39</sup> no sólo criticando incendiariamente las Sagradas Escrituras, como había hecho Porfirio de Tiro un siglo antes, sino, por un lado, revalorizando y adaptando a las creencias de aquel tiempo las espléndidas enseñanzas platónicas (Jámblico de Apamea), y, por otro lado, lamentando que la religión de rudos galileos se apropiara de una *paidéia* que no era la suya para atacar al mundo pagano, helénico, en el que ésta se había creado y al que, por tanto, pertenecía con todo derecho.

Pues bien, esta idea de enfrentamiento de la retórica, como componente esencial de la *paidéia* griega, al cristianismo es fundamental para entender la *Autobiografía* de Libanio,<sup>40</sup> ese discurso que hay que imaginar recitado en una de esas reuniones privadas de amigos llamadas *súllogoi*, en

<sup>33</sup> Lib. *Or.* 1, 39F. Sobre las designaciones peyorativas que aplica Libanio a los cristianos, cf. P.Petit, *Libanius et la vie municipale à Antioche au IV<sup>e</sup> siècle apr. J.C.*, París 1955, 204.

<sup>34</sup> Lib. *Or.* 1, 169F.

<sup>35</sup> Lib. *Or.* 1, 39F *enantía tois theoïs tetagnénon*.

<sup>36</sup> Lib. *Or.* 1, 165F.

<sup>37</sup> Cf. *NT, Ep. Rom.* 8, 17.

<sup>38</sup> Cf. P. Brown, *o.c.* 72.

<sup>39</sup> Cf. P. Brown, *o.c.* 72.

<sup>40</sup> Cf. P. Petit en J. Martin-P. Petit, *o.c.* 31.

el que el Antioqueno, pasando revista, según un bien fijado procedimiento retórico, a las desventuras y a los lances de buena fortuna que se han ido alternando a lo largo de su vida, muestra que por obra de la *Túkhē* no ha sido ni más feliz ni más desgraciado que los demás hombres.

En efecto, por limitarnos a unos pocos ejemplos, el emperador Juliano nos dice el rétor<sup>41</sup> no sólo era muy experto en el arte de la guerra, sino también extremadamente sensato, justo y -ahora viene lo que nos importa- "sumamente elocuente" o, si se prefiere, "muy ducho en retórica", y "sólo hostil a los impíos". ¿Cómo entender que el emperador sea a la vez *rhētorikōtatos*, "muy ducho en retórica", y "sólo hostil a los impíos (o sea, a los cristianos)" -*mónois tois dusebésin ekhthros*- si no es porque la retórica y el cristianismo son realidades diametralmente opuestas que se excluyen y repelen mutuamente?

Y más adelante<sup>42</sup> nos refiere que un "bárbaro" (que debe ser un general cristiano de Constancio, partidario de Joviano)<sup>43</sup> le acusó ante el emperador diciéndole que no dejaba de llorar la funesta lanzada del emperador "caído" (es decir, Juliano el Apóstata).

Por otra parte, si es cierto que Libanio se queja en su *Autobiografía* de que primeramente bajo el reino de Constancio y luego bajo el del emperador Teodosio<sup>44</sup> la retórica griega sufriera la competencia de los estudios de derecho en Berito y de derecho y latín en Roma, que se mostraban más eficaces a la hora de optar a cargos de la administración,<sup>45</sup> no lo es menos que afirma tajantemente la incompatibilidad entre retórica y cristianismo, hasta el punto de alegrarse de no ver cristianos entre los oyentes de sus discursos.<sup>46</sup> Y muchos son los comentarios críticos que hace de gobernadores y otros altos cargos de la administración que eran a la vez malvados, ineptos y "desconocedores de los dioses"<sup>47</sup> (o sea, cristianos), de esos dioses que dieron a los helenos el arte de la palabra<sup>48</sup> y a los que

<sup>41</sup> Lib.Or. 1, 120F.

<sup>42</sup> Lib.Or. 1, 138F.

<sup>43</sup> Tal vez Arinteo, general de origen germánico. Cf. A.H.M.Jones-J.R.Martindale-J.Morris, *o.c.* 102-103. J.Martin-P.Petit, *o.c.* 247.

<sup>44</sup> Lib.Or. 1, 154 y 214F. *Ep.* 117F; 1170F; 1203F. *Or.* 62, 8-16 y 21-23F.

<sup>45</sup> Lib.Or. 1, 254F.

<sup>46</sup> Lib.Or. 1, 214 y 234F.

<sup>47</sup> Lib.Or. 1, 255F.

<sup>48</sup> Lib.Or. 1, 234F.

compete velar por la victoria de ese don y porque los discursos -añade el rétor-<sup>49</sup> recuperen su antiguo poder.

Y frente a esos incapaces gobernadores cristianos, de los que es ejemplo insigne ese anónimo *comes Orientis*<sup>50</sup> que pretendió talar los cipreses del barrio de Dafne,<sup>51</sup> célebre por su templo de Apolo, y que para perjudicar a Libanio hizo crear en Antioquía una cátedra de elocuencia latina<sup>52</sup> el año 387 y animó a un rétor mediocre a competir con el Antioqueno (operación que se saldó con el estrepitoso fracaso del rival),<sup>53</sup> se alza en la *Autobiografía* de Libanio la inconmesurable figura del emperador Juliano que, según el Antioqueno, superaba a los rétores por su filosofía y a los filósofos por su retórica y a los unos y a los otros por su capacidad poética creadora.<sup>54</sup>

Y, naturalmente, ese emperador que era expertísimo en retórica,<sup>55</sup> que había compuesto muchos discursos antes y después de ser emperador<sup>56</sup> y que no había cosa que no hiciera cuando se encontraba hechizado por la lozanía de los discursos ajenos,<sup>57</sup> y que se había preocupado de tomar medidas favorables al arte de los discursos con el mismo entusiasmo con que restableció los desacreditados y desterrados cultos de los dioses paganos, los dioses que precisamente habían regalado a los helenos la elocuencia, ese emperador estaba destinado a morir como víctima asesinado<sup>58</sup> por quienes "antes no gozaban de consideración ninguna",<sup>59</sup> es decir, los cristianos. Así, al menos, lo cree firmemente Libanio, que afirma sin empaño alguno en su discurso *En favor de los templos*, del año 386, que la muerte del emperador Juliano se produjo como resultado de una traición, aceptando, de este modo, un rumor que habían propalado entre los per-

<sup>49</sup> Lib. *Or.* 1, 234F.

<sup>50</sup> Cf. A.H.M. Jones-J.R. Martindale-J. Morris, *o.c.* 1015: Anon. 61.

<sup>51</sup> Lib. *Or.* 1, 255; 262; 380F. *Or.* 9, 235-239F.

<sup>52</sup> Lib. *Or.* 1, 255F. Cf. Lib. *Or.* 58, 21-22F.

<sup>53</sup> Lib. *Or.* 1, 256F.

<sup>54</sup> Lib. *Or.* 12, 92F.

<sup>55</sup> Lib. *Or.* 1, 120F.

<sup>56</sup> Lib. *Or.* 1, 130F.

<sup>57</sup> Lib. *Or.* 1, 130F. Cf. *Or.* 1, 129F "Pues ¿qué cosa hay más propia de la realeza que el alma de un rey que se exalta con los bellos pasajes de los discursos?"

<sup>58</sup> Lib. *Or.* 1, 118F.

<sup>59</sup> Lib. *Or.* 1, 167F.

sas los tráfugas del ejército romano y que recoge en su *Historia* Ammiano Marcelino, cuyo contenido era que el Apóstata había caído malherido por un dardo de su propio ejército: *telo cecidisse romano*.<sup>60</sup>

En un párrafo señalado de su *Autobiografía*<sup>61</sup> Libanio se imagina que la Fortuna en persona, tomando la palabra como en las representaciones teatrales de la Comedia nueva, pasa revista a los grandes éxitos que él ha alcanzado por su arte (la retórica) a pesar de todos los obstáculos con los que en esa su profesión ha tenido que luchar a lo largo de sus muchos años de ejercicio. Y como cifra y colofón del prestigio que con su actividad de rétor ha alcanzado le hace ver que en todas las aulas de retórica sus discursos están "por igual en las manos de los educandos y en las de los educadores" (*homotōs en paideuoménōn te kai paideuóntōn kherst*).<sup>62</sup>

El pasaje es interesante no sólo porque demuestra que el Antioqueno era ya un clásico en vida<sup>63</sup>, sino además porque identifica retórica y elocuencia con educación (*paidéia*), mostrando así que con los hermosos discursos redactados en ático real del siglo IV a.J.C. y los compuestos en ático aticista de los primeros siglos después de J.C. se aprendía algo más que el buen uso de la lengua. Se aprendía también una forma de pensar y comportarse, porque la retórica era *paidéia*.

Pues bien, con la muerte del emperador Juliano la formación retórica, la *paidéia*, deja de ser exclusivamente helénica y pagana porque el cristianismo se apodera de ella como se apropia, igualmente, del neoplatonismo plotiniano, y a partir de entonces los cristianos divulgan sus enseñanzas empleando el ático aticista, y defienden con su elocuencia y su recién adquirida *paidéia* a sus comunidades como antes los sofistas defendían a las suyas, a sus *póleis*, y a comienzos del siglo V Sinesio de Cirene es neoplatónico y aticista y bien formado en la *paidéia* clásica y amigo de la cultísima dama Hipatia de Alejandría que fue linchada el año 415 por los menos cultos monjes cristianos,<sup>64</sup> y, además de todo eso, obispo de Tolemaide. Y es que, con la muerte de Juliano, el sofista se transformó en obispo.

<sup>60</sup> Lib.Or. 1, 167F.

<sup>61</sup> Amm.Marcell. 25, 6, 6.

<sup>62</sup> Lib.Or. 1, 155F.

<sup>63</sup> Lib.Or. 1, 155F.

<sup>64</sup> A.F.Norman, *o.c.* 193.